

TÚNEL SIN SALIDA

Flavia Company

Para Nadine

"Después de haberla visto un montón de tardes por allí, me decidí a hablarle. Se pasó días y días observando cómo podaba las plantas, cómo limpiaba la tierra, cómo cuidaba los árboles... Se acercaba poco a poco, pero no demasiado, nunca lo suficiente como para que nuestros ojos se encontraran. Tenía un aspecto deprimente, desde luego. Lo único en apariencia limpio y cuidado eran los zapatos, vete a saber por qué; aún no lo sé. Tal vez veía en ello la conservación de una última dignidad -se enciende un cigarrillo, da un par de pipadas y mira a algunos amigos que la rodean y que permanecen atentos a sus palabras. Luego se cala más hondo el sombrero y prosigue.

"Y bueno, finalmente le hice una señal, no sé, con la mano o con la cabeza, un ademán que ella entendió y que la acercó a la verja del jardín. La saludé y le pregunté si quería ayudarme. No contestó. La verdad es que pensé que era sordomuda. Parecía tan ausente... Iba sucia. Me dio la sensación de que llegaba hasta mí su olor, que imaginé pestilente. Tuve ganas de ofrecerle el baño. Pensé cuánto me gustaría a mí que alguien me prestara un lugar en el que aseoarme si me encontrara en aquella situación. Una situación que, obviamente, yo no conocía -tosió, sacó un pañuelo del bolso y se limpió la boca. Luego bebió un sorbito de su copa de vino blanco.

"Que me dio como pena, ya veis. Porque además, al principio me pareció más joven de lo que luego resultó ser. No penséis mal... es sólo que no era la adolescente indefensa que yo había imaginado una tarde tras otra. Era una mujer. Joven. O mejor dicho, una mujer sin edad. Probablemente tenía menos años que yo, pero tampoco puedo asegurarlo.

"Aquel día no hablamos, pero ella se quedó con la frente apoyada en las rejas verdes; al final de la tarde, cuando se separó de

ellas, las tenía marcadas en la frente y en parte de las mejillas. Le sonreí y se marchó.

"No volvió hasta al cabo de tres días. Pero apareció con unos geranios envueltos en papel de diario. Me los tendió a través de las rejas y se quedó quieta, supuse que a la espera de que los plantara. Le di las gracias y los acomodé en el parterre más próximo a la calle. Sonrió. Luego se fue.

"Sí, reconozco que aquel gesto me conmovió, quizás más de lo que correspondía, pero ya sabéis cómo soy, que tengo el corazón blando como los sesitos y que es fácil hundirme los dedos hasta el alma a poco que se intente. Planeé que al día siguiente la invitaría a comer, así que salí a comprar algo especial y volví cargada con comida y algunos paquetes con ropa que me parecía adecuada para ella. Un vestido de gasa, suelto y floreado, una chaqueta y un par de zapatos brillantes. Por la noche, en la cama, me puse a pensar cómo le propondría que entrara en casa y cómo le ofrecería todo aquello sin ofenderla, y así me quedé dormida.

"Al día siguiente no vino. Y así durante una semana. Lo cierto es que al principio me inquieté, pero al cabo de la semana casi la había olvidado. Incluso decidí un nuevo destino para las cosas que le había comprado -se acarició las mejillas, la barbilla, se acomodó el flequillo-. Mejor habría sido quizás que no volviera, pero lo hizo. Y esta vez apuntó directamente, con intención o no, a mi corazón de sesitos. Me habló. Me dijo, 'he estado enferma, todo el tiempo en el túnel, por eso no pude venir a ayudarte'.

"Primero pensé que lo del túnel era una metáfora, pero más tarde me enteré de que llevaba años viviendo en uno que el anterior ayuntamiento había empezado a horadar en la montaña, a la salida de la ciudad, y que nunca se terminó. La imagen me la fabriqué yo. Me dije: 'vive en un túnel sin salida'.

"Entró al jardín y se puso a oler todas las flores. Las olía y luego cerraba los ojos. Fui a buscar lo que tenía para ella y se lo mostré. Sólo cogió los zapatos. Me pidió permiso para enterrar en el jardín los que llevaba. Claro que me pareció raro, pero a saber qué manías habría tenido yo si hubiese vivido como ella. Se lo permití. ¿Por qué no? Cavó un agujero con las manos en un santiamén. Parecía un perro que fuera a enterrar un hueso. Me la imaginé olfateando la tierra para hallar su botín. 'Será mejor que me vaya', dijo una vez acabó. Y añadió: 'volveré mañana'.

"Nos vimos unos cuantos días seguidos. No hablábamos más que lo imprescindible. Siempre sobre las plantas y en el jardín.

A pesar de su aspecto, no olía mal. No exactamente. Tal vez un poco a cerrado, a humedad -frunció la nariz y dio otro sorbo a la copa.

"No estaría bien decir que era como un animal. Pero lo era. Se comportaba de un modo llano, idéntico siempre, sin altibajos. Parecía serena, en paz consigo misma. Como si no pensara ni le diera vueltas a las cosas. Algo sorprendente. Conservaba un estado de ánimo perpetuo de la forma más natural. Me transmitía tranquilidad. Conseguía que me olvidara del trabajo, de la ruptura con Andrea, de la enfermedad de mi padre... de todo.

"Una tarde le dije que el jardín no necesitaba tantos cuidados, que podíamos sentarnos a descansar un rato. Me preguntó si tenía libros de poesía, y al contestarle que sí me pidió que le leyera alguna que me gustara mucho. '¡Gran ocasión!', pensé. Fui a buscar el borrador de mi último libro y le leí:

*"Ya está hecho:
me he desollado para fabricarte
unos guantes con los que puedas
tocarme sin sentir que mi piel es distinta."*

"Me interrumpió. '¿De quién es eso?' Dijo "eso", pero no resultó ofensivo. Fue para mí una sorpresa que le preocupara quién lo había escrito. Dudé si decirle o no la verdad, por si aquello la distanciaba de mí. 'Yo', me decidí al fin. 'Me alegra que no me hayas engañado. Sabía que escribías poesía. Por eso me acerqué a tu jardín. Yo soy poeta, también. Pero no escribo. Nunca he escrito ni una sola línea'.

"Me desmontó, os lo juro. ¿Cómo que lo sabía? ¿Cómo que por eso se había acercado a mí? Creo que me molestó, ya veis qué sinsentido. ¿Y qué era eso de ser poeta sin escribir? ¿Adónde quería ir a parar?

"¿Y has esperado todo este tiempo para decirlo?', demostré mi enojo. Sentí que estábamos de igual a igual. Lo mismo daba que ella llevara los zapatos brillantes y yo llenos de polvo; lo mismo que su cabello pareciera de estopa y el mío de esponja. '¿Qué más da? ¿Va a cambiar esto algo?', me dijo mientras se levantaba del escalón del porche en el que estábamos sentadas. 'Me marchó. Ahora, si quieres verme, tendrás que venir al túnel'.

"En ese momento pensé que no volveríamos a vernos. No tenía la menor intención de ir al túnel -se acabó la copa de vino y pidió otra. También para los demás. "Invito yo", dijo.

"Al cabo de unos cuantos días, sin embargo, me di cuenta de que en el lugar en el que había enterrado sus zapatos asomaban unas margaritas. Primero pensé, tontamente, que aquello era un milagro, pero luego empleé la lógica y deduje que junto a los zapatos habría dejado unas semillas. Y me sentí cómplice de aquel gesto. Y me invadió el deseo de ir a verla. Lo hice.

"No me costó trabajo dar con el túnel. Cualquiera sabe dónde está. La encontré sentada a la puerta, en una silla de mimbre desvencijada. Al verme preguntó, o más bien afirmó: 'Han salido las margaritas'. Asentí con la cabeza y me senté en el suelo, frente a ella. 'Léeme algo', pidió, como si supiera que yo llevaba en el bolso mi último poema. No intenté fingir desconcierto. Saqué el papel y leí:

*"Flores a tu paso. Las recojo
y recorro el camino de ti. Todo
es vaivén. Vaivén. Vaivén. Vaivén."*

"No parece tuyo", me acusó. O al menos yo lo sentí como una acusación. '¿Y qué? ¿Qué quieres decir? ¿Te disgusta?', le dije al tiempo que arrebujaba el papel y lo metía en el bolso. 'En absoluto. Ni siquiera me sorprende'.

"Permanecemos en silencio un buen rato. Finalmente le pregunté si no iba a invitarme a pasar al túnel -en mi cabeza danzaban curiosidad y repugnancia a un mismo ritmo-. "Este es mi jardín", me contestó al tiempo que señalaba con las manos abiertas las macetas que nos rodeaban. Calló, y me pareció entender que consideraba mejor quedarnos allí.

*"Los frutos están en el jardín
y dentro de casa las semillas.
Si te muestro las simientes
pensarás;
y yo quiero
que sólo sientas."*

Lo dijo con los ojos clavados en el cielo, como si verdaderamente sus pupilas abrieran agujeros en el aire. '¿Por qué no escribes?', le pregunté entonces. Me miró incrédula. Tal vez suponía que a esas alturas yo ya lo había comprendido. 'Y tú... ¿por qué lo haces?' Pensé que aquello era como preguntarnos una a la otra por qué vivíamos así.

"Saqué del bolso el poema arrugado y lo estrujé en la mano como si fuera mi cabello de esponja; fue como apretar los huecos que caben entre las palabras. Las palabras ya no estaban en el papel, sino en los agujeros de aire que habían perforado sus pupilas.

"Tengo que marcharme", mentí entonces -había bajado el tono de voz y mantenía gacha la cabeza. En el bar quedaban pocos clientes y el ruido de vasos y cubiertos retumbaba a través del humo de los cigarrillos.

"Y me fui. Llegué a casa cuando casi oscurecía, y me quedé en el porche. Fugazmente pasó por mi cabeza la idea de que también mi

casa era un túnel incompleto y que en el de ella estaba su otra mitad. 'Seguro que lo sabe', me dije.

"Pasó algún tiempo más, y cada una permaneció en su sitio, sin visitar a la otra. Y fue una sensación extraña, pero echarla de menos era como echarme de menos a mí misma; así me di cuenta de que no quedaba ninguna otra alternativa. Ella también lo supo; creo que lo sabía desde el momento en que se acercó a mi jardín. Lo que intento decir es que, desde ahora, si queréis encontrarme, tendréis que ir al túnel inacabado de la montaña -se levantó, sacó del bolsillo unos billetes y los dejó sobre la mesa. Luego se encaminó despacio hacia la puerta. Todos pudieron observar el brillo de sus zapatos. Antes de salir se quitó la gorra y sobre los hombros le cayó una larga melena de estopa.